ba renunciar á los deseos de la carne, que son la inspiracion de Satan. «El dia sexto, decía á Baruch, fué creada la mujer y con ella todas las inclinaciones malas y sensuales; por lo cual enseñan los doctores de la ley que debe el hombre casarse al cumplir tres veces seis años, edad á la que habeis llegado.» No dudamos que las aspiraciones del rabino eran supraterrenales, pero esto no le impedía pensar en un matrimonio entre su hija Sara y Baruch. El discípulo de la cábala no se apercibió de ello, ni áun el dia que el rabino le dejó deliberadamente solo con la bella Sara.

Más de una vez había deseado Baruch leer un libro de la biblioteca de su maestro Nigritius, pero se lo había impedido un secreto temor. Y se decía siempre: ¿Por qué ha de existir, en el campo libre de la ciencia, un árbol de ricos y suculentos frutos que yo no he de poder gustar? Baruch se atrevió y leyó el Nuevo Testamento. Temblaban sus manos al coger este libro, por el poder del hábito, que le hacía considerar esta lectura como una apostasía, y sin embargo insistió en ella. Era una nueva Biblia lo que leía, pero la leía con el libre juicio de un espíritu independiente.

No hizo caso de los milagros, á que ya estaba acostumbrado por la lectura del Talmud, y se fijó en aquello que le pareció más claro, en que no se dice en ninguna parte del Nuevo Testamento que Dios ha aparecido á Jesus y le ha hablado de palabra ó por signos, como en el Antiguo Testamento. Descubrió en ello una revelacion nueva y sublime; la de que Dios se había manifestado inmediatamente por el Cristo y sus apóstoles. No era una revelacion